

Lección Seis. Inicios de la segunda independencia	Título
Fernández Retamar, Roberto - Autor/a	Autor(es)
Pensamiento de nuestra América. Autorreflexiones y propuestas	En:
Buenos Aires	Lugar
CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales	Editorial/Editor
2006	Fecha
Campus Virtual	Colección
filosofía de la liberación; revolucion cubana; ideologías políticas; Cuba;	Temas
Capítulo de Libro	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/formacion-virtual/20100721123912/8Lec6.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences



LECCIÓN SEIS

INICIOS DE LA SEGUNDA INDEPENDENCIA

REPERCUSIONES DE LA REVOLUCIÓN CUBANA: PRESENCIA DE UN MARXISMO RENOVADO

El título de esta clase remite a la crónica en que Martí comenta la primera conferencia panamericana, que se celebró en Washington entre 1889 y 1890. Martí, que conoce las intenciones que la animan (es decir, la absorción de nuestra América por los intereses estadounidenses), escribe:

De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia (Martí, 1889).

Aunque, curiosamente, él habla allí de “la América española”, en verdad se refiere a nuestra América toda, ya que al convite asistían también Brasil y Haití. Al hacerse explícitos en esa conferencia los proyectos imperialistas de Estados Unidos, Martí escribe crónicas que ya Rubén Darío señaló que constituían un verdadero libro donde se nos advertía contra el peligro yanqui.

Desde ese momento hasta hoy ha habido varios intentos en nuestra América por hacer realidad esa segunda independencia. Tal fue el caso de la Revolución Mexicana de 1910; y también el proceso de afirmación nacionalista que se vivió en Guatemala entre 1944 y 1954. Este

último, que fue aplastado por una invasión mercenaria enviada por el gobierno de turno en Estados Unidos, puede considerarse el antecedente inmediato de la Revolución Cubana de 1959. Significativamente, en el momento de la caída del régimen progresista en Guatemala se encontraba en aquel país, dispuesto a tomar las armas para defenderlo, el joven argentino Ernesto Guevara.

Cuando se produce en Cuba el golpe de estado de Fulgencio Batista el 10 de marzo de 1952, auspiciado por los imperialistas, hay una inmediata reacción popular contra el golpe, y esta reacción, que comienza por ser política, asume forma militar cuando un desprendimiento del partido mayoritario del país (el Partido del Pueblo Cubano, llamado Ortodoxo), encabezado por el joven abogado Fidel Castro, asalta, el 26 de julio de 1953, sendos cuarteles militares en Santiago de Cuba y Bayamo. Los asaltos fracasan militarmente y son seguidos por crímenes espantosos. Fidel, quien se encuentra entre los sobrevivientes, ante la pregunta respecto de quién es el autor intelectual de los hechos, responde: José Martí. Lo que pareció, a los oídos de muchos politicastros, una respuesta *pour la galerie* era en realidad la explicación del engarce histórico de lo que estaba renaciendo entonces. Fidel reiterará dicha autoría en su autodefensa *La historia me absolverá*. Si los asaltos no obtienen sus objetivos inmediatos, el juicio que siguió (y alcanzó su incandescencia en el discurso de Fidel) fue un triunfo político. Tal discurso era el programa *inmediato* de la revolución. Años después (el 18 de noviembre de 1971, en la Universidad de Concepción, Chile), explicó Fidel:

La Revolución tiene distintas fases. Nuestro programa en la lucha contra Batista no era un programa socialista ni podía ser un programa socialista realmente. Porque los objetivos inmediatos de nuestra lucha no eran todavía, ni podían ser, objetivos socialistas [porque estos] habrían rebasado el nivel de conciencia política de la sociedad cubana en aquella fase; habrían rebasado el nivel de las posibilidades de nuestro pueblo en aquella fase. Nuestro programa en el Moncada no era un programa socialista. Pero era el máximo de programa social y revolucionario que en aquel momento nuestro pueblo podía plantearse.

Sin embargo, llegada la Revolución al poder, e iniciadas las medidas que harían imposible, desde la base misma, la reaparición de tiranías pro-imperialistas como la de Batista, sólo las clases populares estaban dispuestas a apoyar y radicalizar aquellas medidas, que afectaban al poderoso amo yanqui y sus cómplices locales. Ello, en un proceso ininterrumpido que implicó la reforma agraria primero y medidas nacionalizadoras después (con la consiguiente hostilidad de los gobernantes estadounidenses), llevó a una fase ulterior de la Revolución, la fase socialista. El 16 de abril de 1961, la víspera de la agresión de Playa Girón (que el imperialismo y sus secuaces llaman Bahía de Cochinos), Fidel

expresó en un discurso tajante: “Esta es la revolución socialista y democrática de los humildes, con los humildes, por los humildes y para los humildes”. La revolución de Martí, la revolución del 26 de julio, la revolución de “los pobres de la tierra”, era ya la revolución socialista que no podía dejar de ser. En muchos textos memorables el Che Guevara describió el proceso ideológico que hizo a la Revolución Cubana asumir carácter socialista. Así, el 28 de julio de 1960, al dirigirse al Congreso de Juventudes reunido en La Habana, dijo:

Si a mí me preguntaran si esta revolución que está ante los ojos de ustedes es una revolución comunista [...] vendríamos a caer en que esta revolución, en caso de ser marxista –y escúchese bien que digo marxista– será porque descubrió también, por sus métodos, los caminos que señalara Marx.

Algo más de un mes después, el 8 de octubre, en su artículo “Notas para el estudio de la ideología de la Revolución Cubana”, el Che explica:

Convendría decir que la teoría revolucionaria, como expresión de una verdad social, está por encima de cualquier enunciado; es decir, que la revolución puede hacerse si se interpreta correctamente la realidad histórica y se utilizan correctamente las fuerzas que intervienen en ella, sin conocer la teoría [...] Se debe ser “marxista” con la misma naturalidad con que se es “newtoniano” en física, “pasteuriano” en biología, considerando que si nuevos hechos determinan nuevos conceptos, no se quitará nunca su parte de verdad a aquellos otros que hayan pasado [...] Es decir, y conviene puntualizarlo una vez más, las leyes del marxismo están presentes en los acontecimientos de la Revolución Cubana, independientemente de que sus líderes profesen o conozcan cabalmente, desde un punto de vista teórico, esas leyes (Guevara, 1960).

Y en su discurso en Argel de febrero de 1965, el Che evocará de nuevo este proceso:

Nosotros no empezamos la carrera que terminará en el comunismo con todos los pasos previstos, como producto lógico de un desarrollo ideológico que marchará con un fin determinado. Las verdades del socialismo, más las crudas verdades del imperialismo, fueron forjando a nuestro pueblo y enseñándole el camino que luego hemos adoptado conscientemente (Guevara, 2005).

Observaciones de esta naturaleza deben ser conjugadas con varios otros hechos. Por ejemplo, Fidel, el Che y otros dirigentes tenían ya una formación marxista, aunque ninguno de los dos militara en partido comunista alguno. A diferencia de lo que ocurrió, por ejemplo, en países de la Europa oriental, a la Revolución Cubana no se le impuso un “socia-

lismo” venido de fuera que al cabo tendría tan triste fin. El socialismo cubano nació de las propias entrañas del país, de sus problemas, de la tradición revolucionaria antiimperialista y de justicia social que había encarnado de modo superior José Martí. Estuvo lejos de ser un azar que Fidel lo señalara como autor intelectual de los asaltos del 26 de julio de 1953. Su vigencia se hizo palpable también en el ulterior desarrollo de la revolución. Ya Julio Antonio Mella, uno de los fundadores del primer Partido Comunista Cubano, había abierto en 1926 el camino de un marxismo martiano que habrá de caracterizar a la Revolución Cubana a lo largo de toda su historia. Fidel retomó el legado de Mella, y sobre ese legado martiano y marxista hizo nacer el nuevo Partido Comunista de Cuba. No en balde tanto la *Primera Declaración de La Habana* (1960) como la *Segunda Declaración de La Habana* (1962) (que ha sido llamada un Manifiesto Comunista para Nuestra América) y la propia Constitución de la República (aprobada en plebiscito en 1976 y reformada en 1992), documentos todos de elaboración colectiva, comienzan remitiéndose a José Martí. Mariátegui había planteado con claridad y energía que el socialismo en nuestra América no podía ser calco y copia, sino creación heroica. Eso ha sido, gracias a la Revolución Cubana, el socialismo, que conocería así un nuevo y fundamental período creador.

La raíz martiana en la Revolución Cubana ha sido constantemente reiterada. Por ejemplo, si Fidel proclamó en 1953 que Martí era el autor intelectual de los asaltos del 26 de julio, treinta años después dirá que “Martí es y será guía eterno de nuestro pueblo. Su legado no caducará jamás”. Según Fidel, en la medida en que avanzamos hacia el porvenir, se agranda la fuerza creadora de su espíritu revolucionario, de sus sentimientos de solidaridad hacia los demás pueblos, de sus principios morales profundamente humanos y justicieros (Castro, 1983). Y el Che, que en su “Canto a Fidel” de 1956 dijo que marchaban “con la frente plena de martianas estrellas insurrectas” (Guevara, 1956), añade el 28 de enero (fecha del nacimiento de Martí) de 1960:

Martí fue el mentor directo de nuestra Revolución, el hombre a cuya palabra había que recurrir siempre para dar la interpretación justa de los fenómenos históricos que estábamos viviendo, y el hombre cuya palabra y cuyo ejemplo había que recordar cada vez que se quisiera decir o hacer algo trascendente en esta patria. Porque José Martí es mucho más que cubano; es americano; pertenece a todos los veinte países de nuestro continente, y su voz se escucha y se respeta no sólo aquí en Cuba sino en toda la América.

Incluso en el último texto suyo publicado durante su vida, el “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental” (1967), el Che cita a su frente palabras de Martí: “Es la hora de los hornos, y no se ha de ver más que la luz”. Vale la pena llamar la atención sobre el hecho de que

todos estos juicios se emitieron mucho antes de producirse el colapso del llamado “socialismo real” en Europa, lo que subraya el carácter original, autóctono, del socialismo cubano de raíz martiana.

Al calor de la Revolución Cubana, que por ser genuina entusiasmó a muchos y sorprendió a otros de ideas esclerosadas, se fueron produciendo fenómenos muy diversos y también originales (de acuerdo con las distintas tradiciones nacionales) en los demás países del Continente. Por ello no puede tenerse una idea suficiente del pensamiento que animó el inicio de esta segunda independencia si nos limitamos a Cuba, ya que sus reverberaciones sacudieron al resto de nuestros países, en los cuales hubo aportes de considerable valor. Baste recordar hechos como las guerrillas que surgieron en distintas partes de nuestra América. O como el triunfo en Chile, en 1970, de la magnífica figura que fue Salvador Allende, quien se propuso audazmente llegar al socialismo por vías distintas (pero no opuestas) a las de la Revolución Cubana. Como se sabe, su noble intento fue hostilizado desde el primer momento por el imperialismo estadounidense, que al cabo, valiéndose de los elementos más reaccionarios del ejército local encabezados por Pinochet, yuguló al gobierno de Allende y lo llevó a la muerte el 11 de septiembre de 1973. Ya había habido un golpe de estado en Brasil, en 1964, que derrocó a un gobierno progresista. Pero fue sobre todo a raíz de la caída del gobierno de Allende cuando el Imperio, en connivencia con las respectivas fuerzas armadas, implantó sangrientas dictaduras en el Cono Sur, las cuales se mancomunaron en el Plan Cóndor, con auspicio yanqui, para liquidar revolucionarios de varios países. Hubo que esperar a 1979 para que la guerrilla nicaragüense lograra derrocar al tirano Somoza e iniciara un proceso revolucionario. Pero este último, hostigado desde el primer momento por el imperialismo, quien le desató una guerra sucia, un bloqueo económico y una campaña mediática denigratoria, fue vencido en 1990 en unas elecciones que no podía ganar.

LA DIFUSIÓN PLANETARIA DE LA LITERATURA Y OTRAS ARTES DE NUESTRA AMÉRICA

En considerable medida debido a la atracción mundial que la Revolución Cubana hizo volcarse sobre nuestra América, su literatura alcanzó un reconocimiento planetario que hacía tiempo merecía. Sobre todo la narrativa se benefició de esta atención, y grandes nombres pasaron a un primer plano, recibiendo distinciones y vastas tiradas editoriales en diversas lenguas. A una parte de los beneficiarios de estos hechos, algunos los nombraron con el deplorable anglicismo *boom*, al que David Viñas prefiere llamar bum. Como ejemplo de este auge que conoció nuestra literatura, recordemos que el Premio Nobel de esta área, que hasta 1945 sólo había recibido una figura de nuestras letras, Gabriela Mistral, a

partir de 1959 le sería otorgado a Miguel Ángel Asturias, Gabriel García Márquez, Pablo Neruda, Octavio Paz y Derek Walcott; y al parecer razones extraliterarias, políticas, de signo contrario pero igualmente inaceptables, hicieron que se le negara a Jorge Luis Borges y Alejo Carpentier. Como se comprenderá si se tienen en cuenta algunos de los nombres citados, no pretendo afirmar que la Revolución Cubana hizo posibles las obras de los autores en cuestión, sino que, al hacer volver los ojos lejanos hacia nuestra América, acabó favoreciendo la difusión incluso de los que le eran indiferentes y hasta hostiles. Y no sólo la literatura, sino también otras artes se beneficiaron con un reconocimiento más allá de nuestras fronteras. Tales fueron, por ejemplo, los casos del cine y la nueva canción.

LA TEORÍA DE LA DEPENDENCIA, LA TEOLOGÍA Y LA FILOSOFÍA DE LA LIBERACIÓN

Yendo más allá de las artes, es imposible olvidar los aportes que, sin mengua de pensamientos propios, provocó en las ciencias sociales el impacto de la Revolución Cubana. Pablo González Casanova lo ha expresado así:

La Revolución Cubana hizo importantes contribuciones a la teoría social, pero estas no aparecieron en forma de artículos o libros científicos, ni su influencia se hizo sentir directamente en los medios académicos. En forma indirecta, a través de asambleas, mítines, discursos, revistas y periódicos militantes, de los manifiestos y declaraciones, la Revolución Cubana cambió de raíz el clima ideológico de las ciencias sociales latinoamericanas.

Lo hizo, por ejemplo, en disciplinas como la sociología, muy marcada entre nosotros por la sociología pragmática estadounidense combatida por González Casanova. Desde luego, hay que excluir de esta influencia negativa a figuras de gran relieve como C. Wright Mills, cuyo libro sobre Cuba, *Escucha, yanqui*, fue importantísimo; como también lo fue el libro de dos economistas estadounidenses, Leo Huberman y Paul Sweezy, *Cuba, anatomía de una revolución*. Ambas obras se encuentran entre las primeras y más trascendentes que se propusieron explicar fuera de Cuba la naturaleza de su revolución.

Entre los distintos aportes de las ciencias sociales surgidos al influjo de la Revolución Cubana, posiblemente el más conocido es la Teoría de la Dependencia. González Casanova cita como uno de los hitos de aquella el libro escrito entre 1966 y 1967 por Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, *La dependencia sin desarrollo en la América Latina*. Hace tiempo que esta teoría está sometida a crítica. Sin duda tuvo aspectos positivos y negativos. Entre los primeros, haber vincula-

do el carácter subdesarrollado de nuestros países a las metrópolis que los habían subdesarrollado. Entre sus limitaciones estuvo absolutizar esta relación hasta tal punto que en algunos autores prácticamente se evaporó la historia nuestra, que parecía ser sencillamente una función (dicho en términos matemáticos) de lo que ocurría en la metrópoli. En lo esencial, nuestra América, cuyo carácter dependiente es obvio, lo que es uno de sus grandes dramas, no se ha limitado a recibir pasivamente lo que ocurre fuera, sino que ha intervenido como protagonista.

Existe también una historiografía no necesariamente motivada por la Revolución Cubana pero sí por los impactos renovadores que se conocieron a partir de ella. Ejemplos de tal historiografía son obras como el libro de Pablo González Casanova que ya he citado, *Imperialismo y liberación*, y el del ecuatoriano Agustín Cuevas, *El desarrollo del capitalismo en América Latina*.

Junto a las obras literarias y artísticas y los estudios sociales, existe también *La pedagogía del oprimido*, título de un libro fundador del brasileño Paulo Freire, quien sostiene allí y en otras obras que la educación es un proceso de concientización más que de mera transmisión de saberes, lo que daría lugar a una línea viva hoy en día: la educación popular.

Es imprescindible también, dentro de la efervescencia cultural que se manifestó a raíz del triunfo de la Revolución Cubana, lo que se conocería como Teología de la Liberación, cuyo primer texto se debe al sacerdote peruano Gustavo Gutiérrez, aunque posiblemente su figura más conocida fue el sacerdote colombiano Camilo Torres, quien murió como guerrillero. La Teología de la Liberación entra en pugna con la sujeción a las cúpulas eclesiásticas, y está francamente influida por los vientos revolucionarios que soplaron en nuestra América a partir de 1960. Sin pretender simplificar su naturaleza, le escuché decir a uno de sus protagonistas que así como Aristóteles no era cristiano y, sin embargo, Santo Tomás de Aquino tuvo la audacia intelectual de incorporar el vasto pensamiento aristotélico al catolicismo, la Teología de la Liberación quiso hacer algo similar con el marxismo renovado que había hecho posible la Revolución Cubana.

Se ha hablado también de una Filosofía de la Liberación, más o menos paralela a la Teología de la Liberación, aunque sin el impacto de esta. Sus raíces hay que remitirlas a la obra de filósofos como el mexicano Leopoldo Zea, preocupado por la autenticidad del pensamiento latinoamericano, y el peruano Augusto Salazar Bondy. Habría que añadir argentinos como Arturo Andrés Roig y Enrique Dussel.

Por último, no puede dejar de mencionarse una ensayística menos clasificable, que abordó de modo original los problemas de nuestra realidad. Un ejemplo de ella es el libro *Las venas abiertas de América Latina*, que en 1971 publicó el uruguayo Eduardo Galeano.